

Conferencia inaugural de la Cátedra Jean Monnet, pronunciada por su Presidente Dr. Eduardo Perera Gómez

Aula Magna, Universidad de La Habana, 9 de mayo de 2016

Dr. Gustavo Cobreiro, rector de la Universidad de la Habana.

Excmo. Sr. Hermann Portocarero, embajador, jefe de la Delegación de la Unión Europea en la Habana.

Rectora Isabel Allende, Vicedecano Pitaluga.

Excelentísimos Embajadores y otros distinguidos representantes del cuerpo diplomático de los estados miembros de la Unión Europea, distinguidos invitados, autoridades académicas de la Universidad de La Habana, miembros del equipo de la Cátedra Jean Monnet, queridos profesores y estudiantes:

Las circunstancias, y no la voluntad, han hecho que este acto tenga lugar a un año de la promulgación de la resolución rectoral a la que hacía referencia la maestra de ceremonias y a ocho meses de que la Comisión Europea respondiera favorablemente a la solicitud de una Cátedra Jean Monnet para esta casa de altos estudios.

A pesar de no haber dejado de desarrollar múltiples actividades, lamentábamos ya que una de las principales acciones en favor de la visibilidad de este núcleo académico no hubiera tenido lugar.

Las propias circunstancias no podrían haberse conjugado mejor en la selección de este día para inaugurar la primera Cátedra Jean Monnet de la Universidad de La Habana, y de Cuba. No puedo evitar enorgullecerme en decirlo así. Hoy, 9 de mayo, Día de Europa, la fecha elegida por la Unión Europea como festividad, se conmemoran sesenta y seis años de la Declaración Schuman, que dio origen a la Comunidad Europea del Carbón y el Acero, la CECA, cimiento del edificio de la integración europea, que desafió la supremacía política

del intergubernamentalismo de posguerra a través de la apertura de una nueva, aunque modesta, vía supranacional hacia la integración regional.

El Tratado de París de 1951, el Tratado CECA, constituyó la materialización de la novedosa propuesta de Jean Monnet, que reelaboró la presentada por Aristide Briand en la Sociedad de Naciones en 1929, y puso el fundamento del proyecto en una base económica solidaria, imprescindible para la posterior unión política.

Para Monnet, quien no solo participó en la redacción de la Declaración Schuman, sino que fue el primer Presidente (1952-1955) de la Alta Autoridad de la CECA (Comunidad Europea del Carbón y del Acero), era más importante lanzar el proceso en términos prácticos que la forma específica que la integración adoptara; era más importante sobrepasar el *statu quo* político que introducir un cambio radical; era más importante, en fin, trabajar con, en vez de contra la corriente política, convencido de que "en el presente hay y no puede haber otra Europa que una Europa de los estados". Esto, que puede parecer contradictorio con su visión funcionalista de la integración, la cual logró permear aquellos aspectos del proceso que hoy día se ponen de manifiesto en su ámbito supranacional, muestra su aguda percepción del momento histórico, sin abandonar un proyecto que se había convertido para él en objetivo de vida.

El plan Schuman, personificación de este limitado, pero innovador esquema funcional, implicó una modesta subordinación de la soberanía nacional sobre dos productos estratégicos para la época. Por primera vez en la historia regional los gobiernos delegaban parte de su soberanía en un órgano —la Alta Autoridad— com-

puesto por personalidades elegidas por ellos, pero independientes y dotadas con poderes propios. Había, al mismo tiempo, una agenda paralela de largo plazo, con implicaciones más radicales para el futuro de la cooperación regional.

La Cátedra que, aunque ya lleva meses de trabajo, inauguramos hoy, se honra pues con el nombre de Jean Monnet. Independientemente de las que hayan podido ser sus ideas en otros ámbitos, Monnet sentó pautas en el terreno de la integración europea, esfera de especialización que distingue la Cátedra que hoy inauguramos.

Algunos colegas, quizás muchos, al igual que otras personas fuera del espacio académico, podrían tal vez preguntarse: ¿por qué una Cátedra dedicada en la Universidad de La Habana, en Cuba, a la Unión Europea?

El estudio del proceso de integración en Europa como fenómeno histórico, tanto en su desarrollo intrínseco, como en su proyección internacional y su vinculación a otros actores, constituye un objeto específico de docencia e investigación de la mayor importancia. Ello se debe a numerosos factores entre los que cabe destacar los siguientes:

- Las profundas raíces de la idea de la unidad continental en la historia y el pensamiento europeos, y los diversos intentos de llevar a vías de hecho un proyecto paneuropeo.
- La importancia de la actual Unión Europea para analizar las relaciones internacionales posteriores a la segunda guerra mundial.
- La conversión de la Unión Europea en un importantísimo actor global, parte de la llamada “tríada” de poderes junto con Estados Unidos y Japón, un concepto que parece estar siendo superado si nos atenemos a la actual repartición del poder global de los actores tradicionales con otros actores emergentes; su posición en el concierto de los países desarrollados y sus relaciones con el resto del mundo, lo que implica la necesidad de una evaluación teórica de su naturaleza, evolución, comportamiento y proyección desde la perspectiva de la Historia, las Ciencias Políticas y las Relaciones Internacionales.

- El éxito de la integración continental, que a pesar de sus reconocidas limitaciones y dificultades lo hace el proceso más amplio y abarcador a escala mundial, y lo convierte en fuente de paradigmas teóricos sobre la integración y referente para América Latina y otras áreas.
- Las relaciones de sus estados miembros con nuestro país y la particular naturaleza de los vínculos entre la Unión Europea y Cuba, que los convierten en un objeto de estudio de especial interés. No puedo obviar en este último punto una mención a la conclusión satisfactoria de las negociaciones bilaterales que condujeron a la inicialización de un Acuerdo de cooperación y diálogo político entre la Unión Europea y la República de Cuba. Es un hecho que merece toda la atención e interés, no solo de la política y la diplomacia, sino también de la academia, atendiendo a lo que ha sido la historia anterior de las relaciones entre ambos actores, los procesos institucionales a los que este acuerdo debe someterse y sus indiscutibles potencialidades futuras.

Continuando con la línea expuesta hasta aquí, la integración en Europa constituye un tema esencial de la disciplina "Historia Contemporánea", a cargo del Departamento de Historia de la Universidad de La Habana, el cual, además, brinda los servicios de esta especialidad a otras facultades de la institución.

Como parte de dicha disciplina, la integración continental, sus antecedentes, éxitos o fracasos, su naturaleza, implicaciones y resultados constituyen temas específicos en los tres semestres que la asignatura ocupa dentro del *currículum* de la Licenciatura en Historia, así como de otras especialidades en las que los profesores del Departamento de Historia imparten docencia. Forma parte igualmente del programa de la Maestría en Historia Contemporánea y Relaciones Internacionales del propio departamento y es objeto o parte integrante de varios cursos optativos impartidos a su cargo en la facultad de filosofía e historia y eventualmente en otras facultades. A la vez, este tema es objeto de trabajos de curso y de diploma, así como de tesis de maestría y doctorado auspiciadas y dirigidas por el referido departamento, que ahora tiene en la Cátedra Jean Monnet su mejor vehículo de transmisión en esta materia.

Tras la desaparición del Centro de Estudios Europeos de La Habana, institución a la que quiero aprovechar para rendir homenaje por lo que legó de trabajo especializado y por su condición de referente nacional en las investigaciones sobre la Unión Europea desde 1974 hasta 2010, la docencia y la investigación sobre la integración europea se tornaron relativamente dispersas a nivel institucional y personal. La Facultad de Filosofía e Historia, asiento matriz de la Cátedra Jean Monnet, y el Departamento de Historia de la Universidad de La Habana, ponen sus considerables fortalezas de experiencia y recursos humanos, obtenidas a través de la docencia y la investigación en función de mantener dicho legado, así como de ampliar y profundizar con calidad el conocimiento en la institución —y desde ella en el país— de un tema de particular importancia científica, cultural y política, apoyado por docentes e investigadores de otras facultades y centros de esta propia casa, en función de enfoques inter y transdisciplinarios.

Así, la Cátedra Jean Monnet se propone crear un espacio académico institucionalizado para la generación, transmisión y socialización del conocimiento sobre la Unión Europea a través de actividades docentes, de investigación, de debate y otras numerosas de carácter extracurricular que contribuyan a esta intención. Quiero aclarar que la institucionalización de la Cátedra y su trabajo, con independencia de su vinculación a un proyecto concreto de cooperación, obedece al objetivo a largo plazo de hacer sostenibles los resultados que se obtengan progresivamente.

La Cátedra focaliza parte importante de su actividad en la docencia, con más de 120 horas lectivas por curso académico —que pueden llegar a 200 en dependencia de que se encuentren activos los módulos correspondientes de la Maestría— dedicadas al estudio de diversos aspectos de la integración europea e incluye igualmente actividades para el abordaje científico de la colaboración internacional con la Unión Europea. Comprende horas dedicadas al tema en los cursos obligatorios de la Licenciatura en Historia, así como cursos optativos y electivos y dos módulos de la Maestría en Historia y Relaciones Internacionales. Proyecta abrir también cursos de posgrado que extiendan su radio de acción fuera del recinto universitario.

La Cátedra promueve el desarrollo de actividades de investigación y la tutoría de trabajos de diferentes nive-

les, actividad que será complementada por la publicación de resultados, con la visión futura puesta en una revista especializada.

Asimismo, organizará actividades diversas de debate, incluyendo un evento anual de estudios sobre la integración europea, y conferencias de especialistas nacionales y extranjeros invitados especialmente.

Sin ánimo de agobiar a los presentes con estadísticas ni de hacer informes de cumplimiento para los cuales esta sesión no ha sido concebida, me permito solamente mencionar que se han impartido dos cursos optativos en el curso regular diurno de la Licenciatura en Historia, cuyos estudiantes tuvieron un provechoso encuentro con una catedrática Jean Monnet de la Universidad de Darmstadt (Alemania) y un curso electivo abierto al resto de las facultades universitarias —de hecho, contó con estudiantes de Geografía, Economía y Turismo, además de los de Historia. Está en realización un ciclo de conferencias de periodicidad mensual auspiciado conjuntamente por la Cátedra y el Centro para la Interpretación de las Relaciones Culturales Cuba-Europa, con sede en el Palacio del II Cabo, en cuya reparación capital participó la Comisión Europea. Al menos otros dos catedráticos Jean Monnet deben visitarnos en lo que queda de año y se encuentran en preparación un texto electrónico para apoyar los cursos sobre integración europea y un número "0", piloto, de lo que podría convertirse en el futuro en una revista especializada sobre el tema. Un nuevo curso optativo y dos módulos temáticos deben introducirse respectivamente en el curso regular diurno de la Licenciatura en Historia y en la Maestría en Historia Contemporánea y Relaciones Internacionales el próximo año académico.

Todo esto tiene que ver con hacer frente a un objeto de estudio sobre el cual hay más preguntas que respuestas.

Vuelvo ahora a Monnet, su sueño y el de los padres fundadores de la integración en Europa: ¿cuánto de dicho sueño queda en pie?

Es cierto que Monnet pertenecía a otra época, a un contexto diferente, que su paradigma se construyó en la incertidumbre y la volatilidad del armisticio de entreguerras y cuajó en el contexto de una Europa destruida, aunque en recuperación, sumergida en las urgencias externas dictadas por el orden bipolar. Había en Monnet una filosofía trascendente, una visión de futuro, un

sueño de lo posible que se insertó en la raíz misma del proceso de integración.

Aun así, la de Monnet no era, no ha sido, más que una de las dos visiones competitivas del proyecto europeo: la estatocéntrica y la federalista, tanto en sus expresiones académicas como ideológicas, que han coexistido según los ámbitos de actividad y han dominado alternativamente el proceso según las etapas y los contextos históricos.

Hoy, el enfoque que privilegia las visiones de los estados nacionales con propuestas de integración "a la carta", en un menú de opciones contrapuestas, parece apoderarse del escenario.

Hoy, la Unión Europea es una obra de ingeniería en lenta ejecución. Como las obras que esperan demasiado tiempo por su conclusión, corre el riesgo de que las inclemencias del tiempo puedan vencer la resistencia de los materiales. También las brigadas constructoras cambian y no tienen ya el mismo ímpetu, o la misma visión, o el mismo compromiso, o idéntico estímulo, y la obra puede terminar haciendo aguas.

Es indudable a pesar de ello que la Unión Europea es la experiencia de integración que ha llegado más lejos en su alcance y su profundidad, desde la cual se han construido paradigmas teóricos, si bien de dudosa utilidad para su reproducción por otras experiencias. Aunque ha sentado pautas en la materia y ha establecido un modelo, su condición de actor excepcional en su tipo, con características únicas, impide que pueda ser capturado desde una sola perspectiva teórica y, por ende, que sirva de plantilla para el estudio de otros procesos de integración.

Como experimento único en su género ha sido criticado, estigmatizado, a veces hasta satanizado. Incluso paradójicamente desde sus propios estados miembros, al menos para la academia, en su carácter híbrido, con todas las complejidades que le acompañan, radica la riqueza del proceso, aquella que hace hincar los codos en la mesa y exprimir las neuronas para tratar de comprender.

También ha sido exaltado, apologizado, encumbrado, idealizado, llevado más allá de límites y circunstancias históricas, haciéndole pasar por aquello en lo que aún no se ha constituido.

Como cualquier otro aspecto de la vida, lo difícil ha sido siempre, y es, ubicarlo en su justa medida, en el fiel de un equilibrio que la objetividad haga aparecer en sus líneas más reales, o más cercanas a lo real.

He sido —soy— desde que la vida profesional me puso en contacto con ella, un admirador de la experiencia de esa construcción que es la Unión Europea, de esa Europa que la Unión Europea se proclama sin serlo, dándole al proyecto una dimensión continental de la que carece aún, que es parte de la visión de sus fundadores y una meta a lograr según la letra de los tratados, pero un objetivo todavía por alcanzar y cada día cuestionado por la realidad y los actores de la propia integración, no solo porque no incluye a la totalidad de los estados reconocidos como europeos, sino porque tiene todavía que ser verdaderamente unión para llegar a ser Europa.

Admiro el proyecto por su magnitud, con sus logros y limitaciones, con sus deficiencias y negatividades, sin apasionamientos desmedidos ni criticismos desbocados, desde una experiencia profesional que es la de haber aprehendido apenas un bosquejo de la trascendencia de la historia europea del siglo XX y posterior. De hecho, en una ocasión dentro de mis más de veinte años de vida profesional en el ya mencionado Centro de Estudios Europeos de La Habana, durante uno de los tantos debates organizados allí, dije que en América Latina éramos más euro-optimistas que en la Unión Europea, quizás abrumados por el alcance de una integración aun precaria en nuestro hemisferio, quizás esperanzados al contrastar la experiencia con otras realidades del mundo circundante, quizás creídos de que la Unión Europea podría ser una alternativa para la región, quizás porque nos hicieron creerlo. Por supuesto, esto fue hace ya más de una década y media. Hoy las visiones han cambiado, entre otras cosas porque el contexto global y la Unión Europea han cambiado también de manera importante.

Pienso que en las interpretaciones al uso sobre la Unión Europea hay contradicciones esenciales entre el ser, el deber ser y el querer ser.

El ser se relaciona en este caso con el concepto de integración que se tenga. En el mío, aun sabiendo que es incompleto, significa una imbricación esencial de las estructuras, a partir de la puesta en común progresiva

de ámbitos específicos de la soberanía, como un proceso basado en derecho, generador de derecho común y con una institucionalidad propia diferente de la de sus miembros. Este concepto me permite reconocer en la Unión Europea el proceso de integración más antiguo existente hoy y el que ha llegado más lejos.

No entraña en principio un juicio de valor sobre su probidad en cuanto a las formas que ha utilizado para llegar a ello y que se relacionan más con el deber ser, con lo que se le reclama al proceso a veces injustamente, olvidando quiénes son sus actores principales o el hecho de que su devenir histórico ha estado determinado, como ya dije, por un equilibrio entre visiones contradictorias. Curiosamente, muchas veces, los mismos que critican a la Unión Europea no avanzar en materia de una integración más funcionalista muestran sus crisis como la mejor evidencia de que es un experimento fracasado, e incluso lo hacen con cierto morbo.

Tampoco entraña un juicio de valor sobre lo que llamo el querer ser, y que no se refiere a lo que quieren ser en la Unión Europea, a una "visión Unión Europea". Es difícil encontrar un querer ser de la Unión Europea, porque es demasiado diversa internamente. Pero sí hay un querer ser fuera de la Unión Europea, que la analiza, la exalta o la estigmatiza según deseos y no según posibilidades, según visiones no siempre bien fundamentadas y no según realidades y, sobre todo, muchas veces, lamentablemente, obviando la historia.

Creo que hay tres elementos que se han hecho bastante comunes en las interpretaciones sobre la actualidad de la Unión Europea. Uno es el sensacionalismo, sobre todo de los medios, el tremendismo, el catastrofismo, del tipo: "desaparece el euro", o "la Unión Europea se cae a pedazos", una de las evaluaciones que más vulneran la historia del proceso y sus particularidades. Otro es el de la simplificación, que afecta tanto a los medios como a una parte, por suerte no tan amplia, de la academia, cuando imprecisiones a veces sensibles pueden ser vehículos de confusión en la comprensión de un fenómeno tan complejo como el de la integración en la Unión Europea, las competencias de la organización y sus instituciones, y las de sus estados miembros. Una emisora de televisión se refería en días pasados, al reportar la crisis migratoria actual, a lo que llamaba "la negación de los valores de una "nación"", y por "nación" significaba a la Unión Europea. Mientras, no po-

cas veces se habló en determinados medios de los bombardeos de la Unión Europea sobre Libia. Finalmente, hay un fenómeno de coyunturalismo, impuesto por los medios pero que trasciende a la academia y que se traduce en que muchas veces el tratar de interpretar el día a día hace que los árboles oculten el bosque. Para mí, la principal evidencia de esto ha sido el análisis de la crisis griega.

Personalmente, pienso que a pesar de la enorme erosión que ha sufrido producto de la crisis y de la aplicación de un paradigma de acumulación neoliberal que, recordado sea de paso, es europeo de origen, la Unión Europea y sus estados miembros siguen mostrando un modelo de economía de mercado con rasgos diferenciados y un contenido social que sobrevive aún a duras penas, por más que el mismo modelo y la crisis los hayan podido erosionar.

La Unión Europea tiene también, a pesar de sus múltiples pérdidas recientes —sean ellas de influencia, de poder normativo, de imagen de potencia civil— un papel principal en la economía mundial, y al margen de sus limitaciones en cuanto a la proyección de una política exterior común, lo tiene también en la política mundial.

La Unión Europea tiene igualmente responsabilidades globales, no siempre coincidentes con las que sus propios estados miembros o sus instituciones suponen o se atribuyen. Quizás no vendría mal un poco de convergencia entre las expectativas de la Unión Europea sobre sí misma, las de los estados miembros sobre la Unión Europea y las de los demás.

Por si fuera poco, la Unión Europea tiene un espacio amplio en la opinión pública y en la academia.

A pesar de ello, la Unión Europea sigue siendo una gran desconocida. No nos frustra porque sabemos que en las propias instituciones hay que acudir en más de una ocasión a los documentos normativos para esclarecer el camino a seguir ante determinadas situaciones. Nos estimula, porque nos brinda un terreno de trabajo amplísimo. Pero preocupa que un actor global de tamaño magnitud, de tamaño impacto y trascendencia históricos, a veces sea presentado a la ligera por los medios, por ciertos sectores de la academia y por el discurso político —ojo: incluso por el propio discurso político europeo.

Siempre me ha supuesto un aprieto hablar de la integración en Europa en poco tiempo. Generalmente, es más lo que se queda por decir que lo que se dice, los matices escapan y el cuadro puede quedar borroso en algunos de sus trazos. Así, quizás para algunos de los distinguidos invitados pueda parecer que he sido crítico de cara a la experiencia de la Unión Europea. Puede que para otros mis palabras supongan una apología del mismo fenómeno. De hecho, una vez se me dijo que era un apologista de la integración en Europa. Mis alumnos, muchos de los cuales están aquí presentes, son los más fieles testigos de que siempre los he instado a buscar una percepción multidimensional del fenómeno de la integración en Europa, de sus fundamentos históricos, de sus interconexiones con el resto de los actores internacionales y con el escenario global, sin prejuicios y, sobre todo, con el respeto de lo que, partiendo del concepto que se tenga sobre integración, es la experiencia que, repito, ha llegado más lejos en tal camino, a pesar de sus numerosas, múltiples, incontables dificultades y errores.

El compromiso de esta Cátedra es, pues, con la objetividad. Es, además, con la ampliación de un conocimiento de calidad. Es, en definitiva, con la voluntad de hacer de su objeto de estudio, la integración en Europa, un ámbito del conocimiento que pueda ser mejor comprendido en sí mismo y en toda su dimensión y que nos ayude a comprender mejor la realidad circundante.

Muchas gracias

